

PASCUA MILITAR DE 1956 EN EL PALACIO DE EL PARDO

En el día de Reyes acudieron a la residencia del Caudillo, como es de uso tradicional, los Generales, Jefes y Oficiales representantes de los tres Ejércitos, y en tal ocasión, el Ministro del Ejército de Tierra, al felicitar al Caudillo en nombre de todas las fuerzas armadas, lo hizo en los siguientes términos:

Mi General:

Años atrás, cuando el mundo entero, salvo raras excepciones, estaba íntegramente confabulado contra nuestra Patria, fué relativamente fácil mantener la unidad entre los españoles; el peligro común que a todos acechaba nos obligaba, siquiera fuera por instinto de conservación, aparte de otras mucho más altas razones, a formar una apretada barrera que sirviera de dique contra los ataques más o menos insidiosos que constantemente nos dirigían.

Superadas hoy, al menos en apariencia, aquellas dificultades, establecidas relaciones normales con la mayor parte de los países, e ingresada España en la O.N.U. con todos los honores, torpemente pudieran creer algunos llegado el momento de reanudar aquellas luchas internas y banderías políticas de triste recuerdo, que tan estériles hicieron los esfuerzos de nuestros antepasados durante los últimos siglos. Los Ejércitos de Mar, Aire y Tierra, que no olvidan las razones que les impulsaron, allá por el año 36, a lanzarse a la lucha, conscientes de su responsabilidad, perciben claramente el peligro que pudiera sobrevenir a la Nación si esa Unión se resquebrajase y si confiados cayéramos adormecidos bajo los cantos de sirena que hoy lanzan los que ayer quisieron esclavizar a la Humanidad, de los que todavía inocentemente o por cobardía les escuchan, creyendo en sus hipócritas y falsas promesas, para en definitiva mantener esta desdichada paz que hoy el mundo entero padece.

No, mi General; los Ejércitos de España siguen alerta; saben que, a pesar del largo y fructífero camino recorrido, quedan por resolver problemas, tanto en el orden político como en el económico y social, dentro y fuera del Ejército; pero para resolverlos se dan perfecta cuenta de que ahora más que nunca es precisa la colaboración estrecha, leal y sincera entre todos; y esto es justamente, mi General, lo que hoy, día de nuestra Pascua Militar, venimos a ofrecer: la Unión férrea, la Unión sagrada de nuestros tres Ejércitos, que riendiendo culto al honor, a la disciplina y a la autoridad, esperan confiados en su Capitán, porque sabemos que conocéis a fondo nuestros problemas y porque nos consta que nadie os aventaja en el amor y espíritu de sacrificio por esta Patria, a la que tanto queremos y que constituye la meta suprema de nuestras más grandes ilusiones.

A vuestras órdenes.

DISCURSO DEL CAUDILLO

Mi General, Generales, Jefes y Oficiales:

En la Pascua de Reyes, como Pascua Militar, se reúne la familia y acude a sus miembros más caracterizados a hacerles ofrenda de su lealtad, de su unión y de su disciplina. En Madrid tiene esta solemnidad trascendencia mayor por la dimensión que tiene su guarnición, por estar aquí las cabezas de la jerarquía militar y por residir en él el Jefe del Estado, vuestro camarada y vuestro primer soldado.

En estas etapas, en estas solemnidades, solemos mirar el pasado y solemos otear el futuro. En el pasado nos invade siempre el recuerdo de lo que hicimos, de lo que fuimos. En la vida militar pasan las generaciones entregándose de unas a otras las sagradas esencias de la Patria. Porque así como nosotros, en el amanecer del siglo, recogimos de las generaciones pasadas todo aquel espíritu militar, todas aquellas esencias y patriotismo encastillados en nuestros cuarteles y en nuestras instituciones castrenses, así nosotros las hemos ido transmitiendo, sin sentirlo, a las generaciones futuras.

Por eso, cuando de la vida desaparecen tantos valores, cuando vemos encanecidas las sienes de tantos y que muchos nos abandonaron porque les llamó el Todopoderoso, sentimos la tranquilidad de que si unas generaciones marchan, otras generaciones vienen, y que el espíritu militar, el espíritu castrense, el de nuestras fuerzas armadas, sigue, como el primer día, perenne y vivo, guardando las sagradas esencias de la Patria.

Esto que nos recordaba el Ministro del Ejército, General Muñoz Grandes, esta unión estrecha, esta solidaridad de los Cuerpos Armados de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, constituyen la máxima seguridad para la Nación; y esto es así porque sabe que en todas las eventualidades que pudieran sobrevenir a la Patria, encontrará a los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire dispuestos a interpretar las necesidades y el bien de la Patria de arriba abajo, por sus supremas jerarquías, en un estado de unión, de lealtad y de disciplina.



Nos ha tocado vivir tiempos difíciles. Nuestra generación está satisfecha de su obra. Nuestra generación llegó al servicio cuando todavía estaba en los cuarteles el recuerdo de la pérdida de los últimos jirones de nuestras colonias, cuando España había sufrido este despojo en medio de un mundo indiferente a sus dolores, y que dejó se ultrajara a una nación creadora de pueblos y civilizadora de naciones en la mayor indiferencia. Nosotros nacimos a la vida en aquellos momentos, en aquellos momentos en que se encontraba nuestro espíritu disconforme con la España que existía. Y así hemos seguido toda una generación y una vida, rebeldes a aquel espíritu de conformidad que hacía que nuestra Patria pasase a ser en Europa menos que otras naciones y patrias. Nos sentimos

con fuerzas para levantar a España todos, desde el Capitán al soldado, desde el Coronel al último de los Oficiales. Y este espíritu es el que el 18 de julio salvó a España de su desgracia y ha continuado salvándola a través de estos veinte últimos años.

No han variado en el mundo las circunstancias del año 1936 a nuestros días. Desgraciadamente, los problemas siguen latentes y sin solución; las mismas amenazas que entonces había se ciernen hoy sobre Europa. Nosotros podemos decir con satisfacción que, gracias a nuestra sangre y a nuestro sacrificio, podemos mirar con tranquilidad y con seguridad esa situación, porque confiamos en nosotros mismos, porque confiamos en el pueblo español, porque hemos cerrado las ventanas y las puertas a la infiltración comunista y a las infiltraciones de la anti-España, porque hemos evitado por todos los medios la división de nuestras fuerzas, de nuestros hombres y de nuestras ideas, y hemos querido sacrificar a esta Unidad todo, absolutamente todo, menos la libertad y la dignidad humanas. Y, dentro de esa dignidad y libertad humanas, hemos erigido una autoridad con justicia, hemos logrado hacer una España grande capaz de transformar a la Nación.

No podíamos lograr nuestros ideales si no transformábamos a nuestra Nación, si no la transformábamos en la parte agrícola, en la industrial, si no abrimos el camino y ponemos los medios para que las inteligencias no se pierdan, si no realizamos un gran esfuerzo para multiplicar los bienes y el general progreso económico. Este es el medio de que podamos hacer posibles nuestros propósitos, para lograr el mayor bienestar del pueblo y conseguir la fortaleza de nuestros Ejércitos, para poder hacer frente a todo lo que pueda venir.

Pero todo ello sin dejarnos engañar. La Ciencia y los avances formidables que han tenido en esta etapa todos los elementos son parecidos a los que hace cincuenta años se produjeron, cuando nosotros empezábamos a sentir las consecuencias de los inventos maravillosos de fines del siglo pasado. Hoy día, la radio, la electricidad, el cine, todo esto ha venido a transformar nuestra vida. Y hoy es la energía nuclear, es la electrónica, las fuerzas químicas, lo que tiene suspenso al mundo. Esto supone una transformación, y nosotros nos quedaríamos detrás si no nos organizásemos para avanzar lo suficiente y poner al día la ciencia, el progreso económico y la fortaleza de nuestros Ejércitos. No podemos dejarnos engañar. Si las ciencias y los medios varían, los hombres son los mismos. Nosotros tendemos a que el pueblo esté auténticamente satisfecho en sus necesidades y queremos elevar su nivel de vida, pero conservando sus virtudes para poder lograr su destino histórico. Por ello, nosotros debemos cuidar al hombre.

No olvidemos que las naciones han pasado a ser sumandos en el concierto de las guerras mundiales, y nosotros hemos de cuidar lo que esté a nuestra altura. Por lo tanto, tenemos una primera etapa, la de fortalecer nuestros hombres, fortalecer nuestras virtudes, crear los medios industriales capaces de dotarnos de las armas adecuadas para que las lecciones de la Táctica puedan desarrollarse; fortalecer nuestra Infantería, fortalecer nuestros hombres, tener nuestros aviones, poseer los debidos



medios, porque para formar esos sumandos distintos a que he aludido, las naciones acudirán con los elementos más poderosos. La segunda etapa será la conquista de todos los elementos precisos para hacernos fuertes y poderosos.

Pero nunca debemos olvidar que, al fin y a la postre, ha de ser el soldado, el hombre, el que diga la última palabra, ahora como siempre. En las contiendas actuales quizá diga el hombre también la primera palabra, pero la última, siempre, siempre la dirá él. Por ello, nosotros tenemos que conservar vivas las esencias de nuestra Patria, el patriotismo, sobre todo.

Y esta es la tarea que nos espera. Debemos confiar unos en otros, pensando que las generaciones que pasan dejarán a las venideras intactos los conceptos de la disciplina y de la unidad de los Ejércitos, porque ellos son la salud de la Patria.

Y nada más; muchas felicidades a todos, y ¡Arriba España!

